

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

No perder lo importante por lo urgente

Introducción

Los servidores de la Renovación Carismática siempre estamos urgidos por el servicio, dándonos y desgastándonos “por el Reino de Dios”. Tenemos a veces tantos compromisos que a menudo estamos exhaustos, y con el cansancio físico viene la depresión y la tristeza. Claro hemos aprendido a disimular para no afectar a los demás. Aparentamos que todo está bien, pero a menudo tenemos un vacío interior que no nos deja respirar. Y por supuesto, lo primero que se afecta y vamos dejando es la oración porque no tenemos tiempo...



Hace unos años estaba en el ECCLA de Río de Janeiro y tuve necesidad de hacer una diligencia muy importante y un hermano del Equipo de Servicio, que tenía muchos años en la Renovación se ofreció a servirme de chofer. Conmigo iba una hermana de Tampa y otra hermana de Nicaragua orando porque la gestión que iba a hacer era muy delicada y muy difícil. Lo cierto es que como siempre el Señor vela de su pueblo, todo se resolvió de una manera increíble.

Cuando veníamos de regreso hicimos todo el viaje en alabanzas y cantos en lenguas. De pronto el chofer nos confesó que hacía muchos años que no había tenido una experiencia tan profunda de la presencia y el amor del Señor, como la que vivimos en el auto. Terminó diciendo: Es que siempre estoy tan ocupado...

Creo que lo que nos pasa a los servidores y a mucha gente con responsabilidades en la Iglesia es que “hacemos cosas” para Dios pero a menudo no hacemos lo que Dios quiere desconociendo Su Voluntad.

En todo vuelo aéreo, hay un capitán y una tripulación. La máxima responsabilidad y la decisión final siempre es la del capitán. En la Renovación el Señor siempre es el que manda, él es el Capitán, es decir, el que señala lo que hace falta hacer. Cada vez que queremos ocupar su lugar tomando decisiones y haciendo cosas –aunque sean para servirle-, fallamos y los resultados son negativos.

La siguiente predicación del padre Raniero Cantalamessa, O.F.M. cap. Puede ayudarnos a reflexionar y a ser más dóciles al Espíritu Divino que siempre quiere darnos la luz que necesitamos.

En aquel tiempo, tomando Jesús de nuevo la palabra, habló en parábolas a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo y dijo: «El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. Envío sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. Envío todavía otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: “Mirad, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto: venid a la boda”. Pero ellos, sin hacer caso, se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio; y los demás agarraron a los siervos, los escarmentaron y los mataron. Se airó el rey y, enviando sus tropas, dio muerte a aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad» (Mateo 22,1-14).

¿Qué es importante?

Es instructivo observar cuáles son los motivos por los que los invitados de la parábola rechazan participar en el banquete. El evangelista Mateo dice que ellos «no hicieron caso» de la invita-

ción y «se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio». El Evangelio de Lucas, sobre este punto, es más detallado y presenta así las motivaciones del rechazo: «He comprado un campo y tengo que ir a verlo... He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas... Me he casado, y por eso no puedo ir» (Lc 14, 18-20). ¿Qué tienen en común estos personajes? Los tres tienen algo urgente que hacer, algo que no puede esperar, que reclama inmediatamente su presencia. ¿Y qué representa el banquete nupcial? Éste indica los bienes mesiánicos, la participación en la salvación traída por Cristo, por lo tanto la posibilidad de vivir eternamente. El banquete representa pues lo importante en la vida, más aún, lo único esencial. Está claro entonces en qué consiste el error cometido por los invitados; ¡está en dejar lo importante por lo urgente, lo esencial por lo contingente!

Esto es un riesgo tan difundido e insidioso, no sólo en el plano religioso, sino también en el puramente humano, que vale la pena reflexionar sobre ello un poco. Ante todo en el plano religioso. Dejar lo importante por

lo urgente significa aplazar el cumplimiento de los deberes religiosos porque cada vez se presenta algo urgente que hacer.

Es domingo y es hora de ir a Misa, pero hay que hacer aquella visita, aquel trabajo en el jardín, y hay que preparar la comida. La liturgia dominical puede esperar, la comida no; entonces se aplaza la Misa y uno se reúne en torno a la olla.

He dicho que el peligro de omitir lo importante por lo urgente está presente igualmente en el ámbito humano, en la vida de todos los días, y querría aludir también a esto. Para un hombre es ciertamente importante dedicar tiempo a la familia, estar con los hijos, dialogar con ellos si son mayores, jugar con ellos si son pequeños. Pero en el último momento se presentan siempre cosas urgentes que despachar en la oficina, extras que hacer en el trabajo, y se pospone para otra ocasión, acabando por regresar a casa demasiado tarde y demasiado cansado para pensar en otra cosa.

Para un hombre y una mujer es una obligación moral ir cada tanto a visitar al anciano progeni-

tor que vive solo en casa o en una residencia.

Para alguno es importante visitar a un conocido enfermo para mostrarle el propio apoyo y tal vez hacerle algún servicio práctico. Pero no es urgente, si se pospone aparentemente no se cae el mundo, a lo mejor nadie se da cuenta. Y así se aplaza.

Lo mismo se hace en el cuidado de la propia salud, que también está entre las cosas importantes. El médico, o sencillamente el físico, advierte que hay que cuidarse, tomar un período de descanso, evitar aquel tipo de estrés... Se responde: sí, sí, lo haré sin falta, en cuanto haya terminado ese trabajo, cuando haya arreglado la casa, cuando haya liquidado todas las deudas... Hasta que uno se percata de que es demasiado tarde.

He aquí dónde está la insidia: se pasa la vida persiguiendo los mil pequeños quehaceres que hay que despachar y no se encuentra tiempo para las cosas que inciden de verdad en las relaciones humanas y que pueden dar la verdadera alegría (y si se descuidan, la verdadera tristeza) en la vida. Así, vemos cómo el Evangelio, indirectamente, es también escuela de vida; nos enseña a establecer prioridades, a tender a lo esencial. En una palabra: a no perder lo importante por lo urgente, como sucedió a los invitados de nuestra parábola.

P. Raniero Cantalamessa

Oración

Señor Espíritu Santo, aquí estamos en tu presencia.

No tengas en cuenta nuestras limitaciones y pecados, más bien mira el gran deseo que tenemos de ponernos a tu total disposición.

Ven y quédate con nosotros: penetra en lo íntimo de nuestros corazones. Muéstranos tus planes. Haznos saber lo que debemos realizar, para que, con tu ayuda te podamos agradecer en todo.

No permitas que faltemos a la justicia, o que la ignorancia nos arrastre al mal, ni que el aplauso nos desvíe, ni nos corrompa el interés, ni la preferencia de personas. Antes bien, únenos a Ti de modo eficaz por el don de tu sola gracia.

Sé Tú solo quien inspire y lleve a feliz término nuestros trabajos. Que seamos uno en Ti y en nada nos apartemos de la verdad.

Te lo pedimos por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.